

verdad: las naciones sufren altamente no solo desde que la revolución estalla en ellas presentando su aspecto formidable en que se reflejan la devastación y el aniquilamiento, sino aun desde el instante en que aquella se anuncia seriamente como cosa inevitable, pues que los presentimientos de sus funestas consecuencias no pueden menos que ofrecerse luego á la imaginación de todos. Pero si bien, un estado tan desastroso como ese, jamás deba descargarse por nadie, salvo por aquellos que muy distantes de la lealtad característica de los verdaderos corazones, ven en la revolución la oportunidad mas favorable de que, otras veces se han aprovechado en beneficio exclusivo de ellos mismos, supongamos ya pasada una situación de aquella clase, para poder basar nuestras cortas reflexiones haciendo surgir la verdad que enunciarnos al principio.

Sometidas por desgracia todas las naciones á ese peligro constante que es el patrimonio de la debilidad humana, entendiéndose como germen esencial un cúmulo de aspiraciones necias y bastardas, de errores crasos y aun de caprichos punibles, que una vez abortados provocan las convulsiones ya intestinas y ya de otro género, los pueblos sin embargo, se olvidan muchas veces de tan terrible anatema que sobre ellos pesa, haciéndose ilusiones y aun llamando espantadizo ó preocupado á quien con una voz de «Alerta!» trate de despertarlos de su funesto sueño. A semejanza del inexperto niño que embébecido en sus infantiles distracciones desprecia una y muchas veces las advertencias que se le han hecho, no se aperceben de los riesgos que los rodean, hasta haber sufrido el mal. Mas así como la sola impresión que con esto se ocasiona en el débil cerebro de ese niño que suponemos, es ya un pingüe fruto que en el almacén de la experiencia se comienza á atesorar hasta proveerse de una suma bastante que en lo sucesivo le enseñará de continuo á prevenir los peligros, de la misma manera los pueblos en general se aprovechan de las revoluciones por la terrible lección que en cada una reciben, para atesorar á su vez muchos elementos de cautela, vigilancia y pre-

vision tan indispensables para mantener su quietud y aun su propia vida. ¡Ay de las naciones que insensatamente desprecian la amonestación tan segura de esa experiencia!

Otro bien de suma importancia resulta igualmente de toda revolución, y vamos á indicarlo en pocas palabras. Consiste en que tales oportunidades se prestan tambien para que el corazón humano se descubra tal cual es en realidad, es decir, con sus virtudes cívicas pocas ó muchas, ó con sus inclinaciones asquerosas en corta ó grande escala, por mas que la modestia se empeñe en ocultar las primeras, y que la hipocresía se desviva por disfrazar las segundas. Las convulsiones políticas son en efecto ese espejo ideal de la fábula, donde por fuerza se refleja el brillo de la virtud de los hombres públicos por mas latente que se suponga, y donde cualquiera mancha del desgraciado que se pare delante queriendo sostener ante su patria, un título usurpado y derechos no adquiridos, se verá retratada con todo el colorido que le sea propio, sin que haya poder humano que lo evite. Bien puede suceder que de pronto no se fije mucho la atención en ello, y esto dimanará ó de falta de necesidad apremiante que lo exija, ó de algunas preocupaciones sostenidas por lo comun con maniobras estudiadas; pero en ambos casos ese frágil velo con que la vista de los pueblos se entorpece, no tarda mucho en desaparecer. ¡Felices las naciones que despues de una revolución, pueden consagrar su gratitud á los verdaderos restauradores de su bien interrumpido!

Pronto nos volveremos á ocupar de este mismo asunto.—L. N.

VARIEDADES.

INTERPRETACION DE UN PROVERBIO.

Decían delante de uno que tenia muchas deudas, que era cierto el refrán que dice: «Quien paga sus trampas, llena sus áreas.»

No lo creáis, necios, dijo el sujeto de las deudas, eso es un rumor que hacen circular los acreedores.

TESTAMENTO LACONICO.

Un celibato que murió en 1792 hizo el siguiente antes de morir: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: No dejó bienes de ninguna clase: dejó muchas deudas: el resto se lo dejó á los pobres.»

PATOCHADA INGLESA.

Hay en Inglaterra una sociedad piadosa que se encarga de los deberes funebres, cuando hay familias pobres que no pueden sufragarlos; y en la invitación que hace al público de dirigirse á ella se esplica en estos términos: «Como hay personas que no pueden enterrarse por si mismas, &c.»

LA PENITENCIA.

Un caballero que iba á casarse despues de confesado, entró en un escrúpulo y se volvió á ver al confesor. —Padre, le dice, no sé si me he confesado bien, pues veo que no me habeis impuesto ninguna penitencia. —El confesor, que era entendido le respondió: «Pues no me habeis dicho hijo que os vais á casar?»

LOS ABOGADOS.

Hace mucho tiempo que los abogados están en posesion de decirse injurias, y en tiempo de los romanos se insultaban frecuentemente en los tribunales con las espresiones mas burlonas y sangrientas: Uno estaba un dia haciendo la defensa de un pleito con muchas voces, y le dijo el contrario: Descaria, saber, por que ladrais tan fuerte. —Es que veo un ladrón, le respondió.

DISPUTAS CONYUGALES.

Un cura reprendió á unos recién casados por las disputas que tenían continuamente: «¡Sois muy culpables, les decía, porque ya los dos sois uno solo por la unión de voluntades. —¿Que no somos mas que uno? respondió el marido. ¡Ah señor cura! si nos escuchaseis de cuando en cuando, juraríais que éramos veinte.»

MISCELANEA.

LA LINTERNA MÁGICA.

¡¡¡A DIVERTIRSE!!! ¡¡¡A DIVERTIRSE!!!
Acercaos Señores: vamos á enseñar.